

El hombre bajo la lluvia

Serena Arci



Capítulo 1

Presione la imagen para escuchar la música y ambientar su lectura.

La lluvia cae con un suave rocío que se va apoderando de la penumbra de la noche, el cristal de la ventana de mi dormitorio se va colmando de pequeñas gotitas cristalinas, y estas tristemente, se van amontonando una sobre la otra como si no desearan estar solas. Y la poca luz que genera el alumbrado de la calle, deja percibir la silueta de un hombre debajo de ella.

Trato de distinguir quién es esa persona y qué hace ahí con tanto esmero. De inmediato mi corazón late con frenesí pues quiero imaginar que eres tú aguardando pacientemente a que la morada se llene de opacidad para llamar como un Romeo a su Julieta.

Cómo no amarte, cómo no desearte, cómo no anelarte si has llegado justo a tiempo en mi vida y justo cuando más lo necesitaba.

Yo, había decidido no volver a enamorarme, pero tú desvanesiste ese deseo que se evocaba en mí. Con tu ternura y tu sencillez me ofreciste toda una nueva expectativa de lo que es el amor.

Lo recuerdo bien, por aquel entonces eras mi amigo y escuchaste todas y cada una de mis penas sobre aquel hombre. Sinceramente no sé como toleraste todo eso, pero ahora sé que desde la primera vez que nos vimos... ya me amabas.

Poco a poco te fuiste adentrando en mi corazón, me llenaste de esperanza y me mostraste lo hermoso que es la vida. El día que caí a la idea de este sentimiento hacia ti, fue aquella vez cuando me revelaste el lago y yo incrédula te declaré que ahí no existía vida, pues te creí un lunático y te revelé enérgicamente que lo hacías solo para llamar mi atención. Tú, me miraste incrédulo, me ofreciste una encantadora sonrisa y colocaste en mis manos pequeñas migajas de pan para que las arrojara sobre él. En cuanto las lancé, una gran parvada de patos silvestres se aglomeró y de pronto un bullicio de peces fueron asomando sus cabecitas por encima de la superficie. Con asombro te miré, nunca imaginé que en aquel sitio pudiese haber tanta vida, ¿cómo podría ser posible que hubiese tanta esperanza en tan lúgubre lugar? En ese instante caí a la idea de que también había esperanza en mi corazón. Con alegría te miré a los ojos y noté amor en ellos, me di cuenta de que te quería y sin vacilar me posé sobre tu regazo para depositarte un beso sobre tus carnosos labios. Tú, como todo un hombre me tomaste por mi estrecha cintura y ya no me

dejaste partir. Ahí me entregaste tu corazón, y yo, decidí tomarlo.

Desde aquel momento nos veíamos continuamente, visitábamos aquellos lugares que sabías perfectamente cuanto me iban a agradar, pues nunca en toda mi vida habían hecho algo tan romántico por mí. Tú, como todo un donjuán me hiciste avivar el deseo desenfrenado de estar con alguien, de querer sentirme amada, de querer tener intimidad y de poder amar.

Recuerdo nuestra primera vez, me habías invitado al cine y después a cenar. Cuando te indiqué de que estaba preparada, tú, me llevaste a aquel sitio que era tu guarida y tu rincón solitario. Qué momento tan extraordinario me hiciste pasar, y con qué pasión me tomaste aquella noche y desde aquel momento supe que sería tuya de por vida.

Pero cuando mi familia se enteró de lo nuestro, se opusieron a nuestra relación. La diferencia de edades fue la pauta para negarse a lo nuestro. Pero qué son ocho años de diferencia, qué son esos años sino experiencia pura para amar. Yo, una mujer en plena juventud, tú, un hombre entrado en los treinta y con metas bien definidas.

Ahora heme aquí, anhelando a que aquel hombre que se encuentra debajo de aquella luz seas tú. De repente escucho el timbre de mi celular que me indica que tengo un mensaje. En cuanto lo enciendo miro tu recado.

¿Estás preparada?

Sí, ¿Y tú?

**Listo... A menos de que te
hayas arrepentido**

**No, para nada,
no me he arrepentido.**

¿Segura?

Segura.

Entonces aquí te espero.

No tardo.

Cuando tomé la maleta que se percibía en mi cama, vino a mi mente aquella discusión que tuve con mis padres... Ellos habían decidido enviarme a casa de mis tíos que vivían en Chicago, pues no querían que lo volviese a ver. Yo, sin decir nada, hablé con Javier y le hice mención de lo que pretendían. Él con el mayor deseo me pidió que no lo abandonase ya que a través de sus ojos la chispa de esperanza se borraba, y un gesto de pena y dolor se descubría a florecer.

—¡No me dejes, Elena! —expresó dolido.

—Nunca lo haré, Javier — cogí su rostro entre mis manos—. Antes preferiría morir que estar sin ti.

Ese día decidí abandonar a mi familia e irme a vivir con él.

Aunque en reiteradas ocasiones intentó dialogar con mis padres ellos se negaron a atenderlo, pues ni siquiera querían mirarlo, su terquedad en que siendo mayor y su tono de piel hicieron de ellos hacer un prejuicio. Habían expresado que no se me esperaba nada bueno a su lado ya que, teniendo dos hijas mayores y abandonadas imaginaron que se me esperaba un final a sí.

Pero cómo pudieron, cómo se atrevieron a prejuzgarlo, cómo podían albergar ideas tan retrógradas en su cabeza, si su tono de piel trigueña y bronceada fue lo primero que me cautivó.

Mi madre notando mi terquedad por no escuchar sus palabras se atrevió a decir.

—¿No te inquieta que todos te miren con ese hombre?

Sinceramente no me inquietaba..., y aunque éramos la comidilla de toda la gente cuando nos veían andar por la calle eso no me molestaba. Si en la intimidad, el contraste de color de mi piel blanca como la leche,

contra su tono de piel oscura avivaba en mí el deseo desenfrenado de besarlo sobre todo su cuerpo.

Jamás lo creí, nunca imaginé que mi familia fuese tan racista, pero qué se podría esperar de ellos, si discriminaban algunos miembros de la familia por apreciarse en un tono más oscuro.

Ya estaba decidido, esa noche escaparía con él. En cuanto abrí la puerta principal se dejó percibir su inmensa sonrisa. Con ternura me besó bajo la lluvia, me atrajo contra él como si no hubiese un mañana, y tomando la maleta suavemente me condujo con él al auto. Al cerrar la puerta me alejé de mi hogar, aquella morada que me vio crecer en esos últimos años y en la cual había tenido tan buenos recuerdos. Al subir al auto y abrochar el cinturón de seguridad sentí la mirada de Javier... En cuanto viré el rostro le sonreí, él se aproximó a mí, y tomándome por la barbilla me procuró un beso.

—Te amo, Elena —expresó anhelante—. Te prometo que te haré feliz.

—Lo sé, Javier. Y yo a ti.

El auto arrancó y partimos del lugar. La lluvia comenzaba a hacerse más recia y él encendió el limpiaparabrisas para poder distinguir la calle. En cuanto el auto dobló en la esquina... una tranquilidad inundó mi ser.

Fin